

El Padre Andrés Coindre y la vida consagrada

1. RELIGIOSOS.

El Padre Coindre organizó un patronato en 1817 para recoger a niños y jóvenes abandonados a su suerte, para ofrecerles una primera instrucción religiosa y profana y enseñarles un oficio. Encontró unos maestros adecuados para dirigir esta obra.

Pero nos dice el Hermano Javier, nuestro primer Hermano, *“su obra era todavía imperfecta”*. Y da una explicación: el buen Padre no podía estar presente en cada lugar, absorbido, como estaba, por sus obligaciones de misionero diocesano; y la experiencia le había enseñado que no podía contar con la fidelidad constante de todos sus colaboradores.

Es entonces cuando decidió, en 1821, fundar un instituto religioso al que poder ceder, con toda confianza, la dirección de su obra.

A estos religiosos les propone como modelo el mismo Jesucristo:

“Jesucristo ha querido ennoblecer las acciones más humildes, las más bajas en sí mismas. Ha practicado la pobreza, la humildad tan despreciada por el mundo, para que nosotros tengamos la gloria de seguir sus huellas”. (*Máximas RJM*)

Recuerda los motivos que les han determinado para hacerse religiosos y que deben animarles a perseverar:

“No fueron el orgullo, ni el interés personal, ni el deseo de placeres los que le embarcaron en esto, ni los que le inducen a perseverar; fue el deseo de ser útil al prójimo, a la Religión, y de hacer penitencia por sus pecados. ¿Qué más necesita? Si tuviese ante Dios este constante deseo, aunque no pudiera ofrecerle muchos éxitos, sería usted un gran santo”. (*Carta VII*)

El medio por excelencia, según el padre Coindre, para mantener el fervor y el celo y, por tanto, cumplir con los deberes de religioso y apóstol, es recordar constantemente la presencia de Dios:

“Debemos representarnos a Dios alrededor de nosotros, dentro de nosotros y con nosotros, pues ciertamente está dondequiera que estemos. Está en nosotros más que nosotros mismos: Él nos rodea, nos llena. Él está en todo nuestro ser y en cada una de las partes que lo constituyen. Adondequiera que dirijamos nuestros pasos, Él es quien nos conduce. Este pensamiento de la presencia de Dios es un poderoso remedio contra el pecado y es el gran medio por el que los santos hicieron tantos progresos en la virtud. Cuando uno está enamorado de alguien, piensa sin cesar en la persona amada y querría hablar de ella en todo momento. Del mismo modo, los que están penetrados del amor de Dios, no viven sino para Él, no desean mayor felicidad que amarle; desearían pensar continuamente en Él”. (*Máximas RJM*).